

blancos, que se apoyaba con la mano izquierda en un baston y empuñaba con la derecha un fusil. De las dos mujeres, una llevaba un sable con bandolera; ésta misma, ayudando á arrancar la barandilla de que hemos hablado, se habia cortado tres dedos de la mano con la arista de uno de los barrotes de hierro, y la enseñaba á la muchedumbre, gritando:—Viva la República!

„La otra mujer, puesta en lo alto de la barricada, apoyada en el asta de la bandera, escoltada por dos hombres atrincherados, armados con fusiles y presentando las armas, leia en alta voz el llamamiento á las armas hecho por los representantes de la izquierda; el pueblo batia las manos en señal de aplauso.

„Todo esto ocurría entre las doce y la una.

„Inmensa muchedumbre se agitaba en las barricadas y cubria las aceras de los dos lados del boulevard, silenciosa unas veces y otras gritando:—¡Abajo Soulouque! Abajo el traidor!

„A intervalos esa multitud transportaba lúgubres convoys; eran largas filas de camillas cerradas, que llevaban en hombros enfermeros y soldados. A la cabeza iban algunos hombres con largos bastones, de los cuales pendian cartelones con esta inscripcion: *Servicio de los hospitales generales*. En las cortinas de las camillas se leia: *Heridos. Hospital militar ambulante*. El tiempo estaba sombrío y lluvioso.

„En aquel momento habia gran animacion en la Bolsa; acababan de colocarse sobre las paredes de los alrededores numerosos despachos telegráficos anunciando las adhesiones de los departamentos al golpe de Estado.

„Los agentes de la Bolsa todos jugaban al alza, riéndose y encogiéndose de hombros ante semejantes anuncios.

„De repente un gran especulador, muy conocido y gran partidario del golpe de Estado desde hacia dos dias, se presentó pálido y jadeante como el que huye, diciendo:—¡Están ametrallando los boulevares!

„Hé aquí lo que pasaba.

III.

„Poco despues de una hora, y un cuarto de hora despues de la última orden dada por Luis Bonaparte al general Roquet, cubrieron los boulevares súbitamente la caballería y la infantería en toda su extension.

„La division mandada por Carrelet, casi entera, compuesta de las cinco brigadas de Cotte, Bourgon, Canrobert, Dulac y Reybell, y presentando un efectivo de diez y seis mil cuatrocientos diez hombres, habia ocupado, escalonándose, desde la calle de la Paz hasta el arrabal Poissonniere.

„Cada brigada tenia su batería. Solo en el boulevard Poissonniere se contaban once piezas de artillería. Dos de dichos cañones habian sido asestados en sentido opuesto, el uno á la entrada de la calle de Montmartre, el otro á la entrada del arrabal de Montmartre, sin que se pudiera adivinar el por qué de tal disposicion, pues dicha calle y arrabal no ofrecian la apariencia de una barricada.

„Los curiosos, agrupados en las aceras y en las ventanas, observaban con estupor aquel aparato de baterías, sables y bayonetas.

„Las tropas reian y hablaban, dice un testigo. Otro testigo dice: „Los soldados mostraban aspecto muy extraño. La mayor parte de ellos se apoyaban en sus fusiles, puestas las culatas en el suelo, manifestando cierta vacilacion, debida al cansancio ó á otra cosa. Uno de esos viejos oficiales que tienen el hábito de leer el fondo de los soldados con una sola mirada, el general L..., dijo al pasar por delante del café Frascati:—Están borrachos.

„Habia síntomas alarmantes.

„En un momento que la multitud gritó á la tropa:—Viva la República! abajo Luis Bonaparte!, se oyó decir á media voz á un oficial:—*Esto vá á trocarse en una carnicería*.

„Un batallon de infantería desemboca por la calle de Richelieu, siendo acogido al pasar por delante del café Cardinal con un grito de ¡Viva la República!, á cuyo grito añadió este otro un escritor que se encontraba allí, redactor de un periódico conservador:—*¡Abajo Soulouque!* El escritor, visto por un oficial de Estado Mayor, que conducia el destacamento, fué arremetido por éste, que le asestó un sablazo, y que, esquivado por aquel, cortó en dos mitades uno de los pequeños árboles del boulevard.

„Cuando el 1.º de lanceros, mandado por el coronel Rochefort, llegó á lo alto de la calle Taitbout, grupo numeroso cubria el asfalto del boulevard. Eran habitantes del barrio, negociantes, artistas, periodistas, y algunas mujeres llevando de la mano á sus hijos pequeños.

„Al paso del regimiento, hombres y mujeres gritaron á un mismo tiempo:—Viva la Constitucion! Viva la ley! ¡Viva la República!

„El coronel Rochefort, el mismo que habia presidido el banquete dado por el 1.º de lanceros al 7.º, y el que en este mismo banquete pronunció este bríndis: „Al príncipe Napoleon, al jefe del Estado, personificacion del orden, cuyos defensores somos nosotros,; ese coronel, pues, al grito legal dado por la muchedumbre, lanza su caballo en medio del grupo por encima de los asientos de la acera; los lanceros se precipitan tras él, y hombres, mujeres y niños fueron cazados á sablazos.

„La mayoría de ellos quedó en el sitio, dice un apologista del golpe de Estado, el mismo que luego añade: „Todo fué cosa de un momento, (1).

„Hacia las dos de la tarde se asestaron dos obuses á la extremidad del boulevard Poissonniere, á ciento cincuenta pasos de la pequeña barricada que servia de atalaya en la punta Bonne-Nouvelle. Al poner estas piezas en batería, los soldados que las montaban, poco acostumbrados á las falsas maniobras, rompieron la lanza de uno de los carros, lo que hizo decir á un hombre del pueblo:—*Ya veis claramente que están borrachos*.

„A las dos y media (porque es preciso seguir minuto por minuto y paso á paso este drama odioso), se rompió el fuego contra la barricada, aunque muy poco nutrido y como por distraccion. Parecia que los jefes militares tenian puesta su idea en otra cosa más que en el combate.

„Y, en efecto, vamos á saber lo que proyectaban.

„Se hizo el primer disparo de cañon, pero con tan mala puntería, que pasó el proyectil por encima de las barricadas, yendo á caer en Château-d'Eau, y matando á un muchacho que allí se encontraba llenando de agua una palangana.

„Al oír el cañonazo se cerraron de pronto las puertas de las tiendas y todas las ventanas. Una, sin embargo, habia permanecido abierta en un piso superior de la casa que forma ángulo con la calle del Sentier. Los curiosos continuaron afluyendo, principalmente en la acera meridional. Era muchedumbre tal afluencia y nada más; hombres, mujeres,

niños y ancianos, los que, al ver la barricada, poco atacada y poco defendida, creyeron que todo aquello era un juego; esto es, un combate sin consecuencias.

„Dicha barricada era un espectáculo, mientras que esperaban la ocasion de que fuese un pretexto.

IV.

„Haria un cuarto de hora á lo más que la tropa y la barricada se tiroteaban, sin que hubiese herido alguno por ambas partes, cuando de repente, y como resultado de una conmocion eléctrica, verificóse un movimiento extraordinario y terrible en la infantería primero y despues en la caballería. La tropa cambió súbitamente de frente.

„Los historiógrafos del golpe de Estado han dicho que dispararon un tiro contra los soldados desde la ventana que habia permanecido abierta en la esquina de la calle del Sentier.

„Han dicho otros que el disparo partió de la casa que forma ángulo con la calle de Nuestra Señora del Recobro y la de Poissonniere.

„Segun otros, el tiro fué un pistoletazo, que debió salir del tejado de la elevada casa que forma la esquina de la de Mazagran.

„El hecho es dudoso; pero lo que no tiene duda es que, á causa de ese problemático pistoletazo, que quizá no fuera otra cosa sino el ruido que produjo la puerta al cerrarse con estrépito, fué fusilado un dentista que habitaba la casa vecina.

„Y en resumen, ¿fué un tiro de pistola ó un tiro de fusil lo que se oyó desde las casas del boulevard? ¿Es cierto ó es falso el hecho? Infinidad de testigos lo niegan.

„Aunque el hecho sea cierto, réstanos aclarar la cuestion siguiente: ¿Fué el disparo una causa ó una señal?

„Sea de ello lo que fuere, el caso es que de pronto, como acabamos de decir, la caballería, la infantería y la artillería hicieron frente á la muchedumbre apiñada en las aceras; y sin que se pudiese saber por qué, bruscamente, sin motivo, „sin intimacion,“ como lo habian declarado los infames edictos de la mañana, comenzó desde el Gimnasio hasta los Baños chinos, es decir, en toda la longitud del boulevard, una matanza horrible.

„El ejército fusilaba al pueblo á boca de jarro.

„Fué este un momento siniestro é in-

(1) El capitán Mauduit, *Revolucion militar del 2 de Diciembre*, pág. 217.

explicable. Los gritos, los brazos elevados al cielo, la sorpresa, el espanto, la muchedumbre huyendo en todas direcciones, la granizada de balas que llovía y que llegaba desde la calle á los tejados; numerosos muertos cubriendo la calzada en un minuto, jóvenes cayendo heridos con el cigarro en la boca, mujeres con vestidos de terciopelo, asesinadas bárbaramente por los fusiles vizcainos; dos librereros arcabuceados en el umbral de sus puertas sin que supieran por qué; disparos hechos á los tragaluces de los subterráneos para matar á quien allí estuviera; el Bazar acribillado de balas rasas y de granadas; el palacio Sallandrouze bombardeado; la Maison d'Or ametrallada; Tortoni tomado por asalto; centenares de cadáveres tendidos en el boulevard; un arroyo de sangre en la calle de Richelieu...

„Séale permitido una vez más al narrador interrumpirse.

„En presencia de estos hechos incalificables, yo, que escribo estas líneas, lo declaro: soy un escribano que registra el crimen y apelo de la causa, y aquí terminan mis funciones.

„Cito á Luis Bonaparte, á Saint-Arnaud, á Maupas, Morny, Magnan, Carrelet, Canrobert, Reybell, sus cómplices; cito también á aquellos cuyos nombres ya encontraremos; cito á los verdugos, á los asesinos, á los testigos, á las víctimas, á los cañones aun calientes, á los sables humeantes aun de sangre, á la embriaguez de los soldados, al luto de las familias, á los moribundos, á los muertos, al horror, á la sangre y á las lágrimas, en fin, ante el tribunal del mundo civilizado.

„Como el narrador difícilmente será creído en esta ocasión, concedemos la palabra á los hechos vivientes, á los hechos sangrientos.

„Oigamos los testigos.

„No publicaremos el nombre de los testigos, ya hemos dicho el por qué; pero de todos modos reconocerá el lector el acento sincero y penetrante de la realidad.

„Dice un testigo:

„...Aun no había dado yo tres pasos por la acera, cuando la tropa que desfilaba se paró de repente, dió una vuelta, poniéndose de cara al Mediodía, apuntó las armas é hizo fuego sobre la muchedumbre atónita; todo esto fué obra de un instante.

„El fuego continuó sin interrupción durante veinte minutos, dominado de vez en cuando por algunos disparos de cañón.

„A la primera descarga me arrojé al suelo y me arrastré como un reptil por la acera hasta la primera puerta entreabierta que pude encontrar.

„Era ésta la de la tienda de un comerciante en vinos, situada en el número 180, al otro lado del bazar de la Industria. Fui el último en entrar.

„Las descargas continuaban sin cesar.

„Había en esta tienda cerca de cincuenta personas; entre ellas cinco ó seis mujeres y dos ó tres niños. Había allí tres heridos; dos de éstos murieron al cabo de un cuarto de hora entre horribles sufrimientos; el tercero aun vivía á las cuatro, hora en que salí de la tienda; pero según luego he sabido, murió más tarde.

„Para dar una idea del público contra quien había disparado la tropa, nada puedo hacer mejor que citar algunos ejemplos de las personas en dicha tienda reunidas.

„Había algunas mujeres, dos de las cuales venían de comprar en el barrio las provisiones para su comida; un muchacho, pasante de notario, enviado por su amo á unas diligencias; dos ó tres corredores de la Bolsa; dos ó tres propietarios y algunos obreros, muy pocos ó ninguno, vestidos de blusa. Uno de los desgraciados que se refugiaron en esta tienda me produjo viva impresión. Era un hombre como de unos treinta años, rubio, vestido con un paletó gris; se dirigía con su mujer al arrabal de Montmartre para comer con su familia, cuando fué detenido en el boulevard por la columna de tropa que pasaba.

„En el primer momento y desde la primera descarga cayeron él y su mujer; cuando él se levantó, fué arrastrado por la multitud hácia la tienda, en donde entró; pero al encontrarse sin su mujer, fué tal su desesperación, que es imposible pintarla. A pesar de nuestras observaciones, quería que á la fuerza se le abriera la puerta para correr en busca de su mujer en medio de la metralla que barria las calles. Sufrimos lo indecible para poderle detener durante una hora. A la mañana siguiente supe que habían matado á su mujer y que recogieron el cadáver en el barrio Bergère. Quince días después supe también que aquel desgraciado marido fué detenido y transportado á Brest, con destino á Ca-

yena, por haber amenazado á Luis Bonaparte con hacerle sufrir la pena del Talion.

„Casi todos los ciudadanos reunidos en la tienda del negociante en vinos pertenecían á las ideas monárquicas; solo encontré entre ellos á un antiguo redactor de *La Reforma* y á uno de sus amigos que fuesen republicanos. Como he dicho, hácia las cuatro me salí de aquella tienda.

„Un testigo de los que creen haber oído el disparo salido de la calle de Mazagran añade:

„Dicho disparo fué para la tropa la señal de dirigir sus descargas sobre todas las casas y ventanas, descargas nutridas que se repetían cada treinta minutos, y que eran simultáneas desde la puerta de San Dionisio hasta el café del Gran Balcon. El cañoneo al poco tiempo se unió á los disparos de la fusilería.

„Dice otro testigo:

„...A las tres y cuarto verificóse un movimiento singular. Los soldados que estaban frente á la puerta San Dionisio operaron de pronto un cambio de frente; apoyáronse en las casas, desde el Gimnasio y la casa de Pont-de-Fer hasta el palacio Saint-Phar, y comenzaron un fuego nutridísimo sobre las personas que se encontraban al lado opuesto, desde la calle de San Dionisio hasta la de Richelieu. Pocos minutos bastaron para cubrir las aceras de cadáveres; las casas fueron acribilladas por las balas, y semejante frenesí por parte de la tropa conservó su paroxismo durante tres cuartos de hora.

„Dice otro testigo:

„...Los primeros disparos de cañón dirigidos contra la barricada Bonne-Nouvelle habían servido de señal para el resto de la tropa, que había hecho fuego, casi al mismo tiempo, sobre todo lo que se encontraba al alcance de su fusil.

„Dice otro testigo:

„Las palabras no pueden explicar semejante acto de barbarie. Es preciso haberlo visto para atreverse á asegurarlo y para atestiguar la verdad de hecho tan incalificable.

„Hizo la tropa incalculables disparos de fusil sobre inofensivas personas y sin necesidad alguna: sin duda el golpe de Estado se propuso aterrar á Paris.

„Dice otro testigo:

„Cuando la agitación era mayor en el boulevard, llegó la tropa de línea seguida de la artillería y de la caballería. A poco se oyó un disparo de fusil donde estaba la tropa, y era fácil observar que

había sido disparado al aire, por la humareda que se elevó perpendicularmente. Entonces se hizo la señal de tirar sin intimación y de atacar á la bayoneta al pueblo. Esto es significativo y prueba que la tropa quería tener un motivo, aunque fuera aparente, para comenzar la matanza que siguió.

„Refiere otro testigo:

„El cañón cargado de metralla destruyó las delanteras de las casas desde el almacén del *Profeta* hasta la calle de Montmartre. Desde el boulevard Bonne-Nouvelle se ha debido disparar alguna bala rasa sobre la casa Billecoq, porque ha sido destruido el ángulo del lado de Aubusson, y la bala, después de haber agujereado la pared, ha penetrado en el interior.

„Otro testigo, de los que niegan el susodicho disparo, dice:

„Se ha querido atenuar la infamia de semejantes asesinatos, pretendiendo que desde las ventanas de algunas casas se habían hecho disparos sobre las tropas. Otro relato, diferente del relato oficial del general Magnan, parece desmentir ese rumor; yo afirmo que las descargas fueron instantáneas desde la puerta de San Dionisio hasta la puerta de Montmartre, y que no hubo, antes de la descarga general, ni un solo disparo aislado, ya procedente de las ventanas, ya de las tropas, desde el arrabal de San Dionisio hasta el boulevard de los Italianos.

„Otro testigo, que tampoco ha oído el disparo, dice:

„Las tropas desfilaban por delante de la galería de Tortoni, donde yo me encontraba. Antes que oyéramos ruido alguno de disparos, hicieron las tropas una evolución, tomando la caballería el galope y la infantería el paso de ataque. De pronto vimos venir de la parte del boulevard Poissonnière una capa de fuego que se extendía y avanzaba rápidamente.

„Comenzó el fuego de fusilería, y puedo asegurar que ninguna explosión le había precedido; ningún tiro de fusil había salido de las casas, desde el café Frascati hasta donde yo me encontraba. Finalmente, vimos los cañones de los fusiles de los soldados que teníamos delante, que nos apuntaban y amenazaban. Nos refugiáramos en la Taitbout en una puerta cochera. Al mismo tiempo las balas pasaban por encima y alrededor de nosotros. Una mujer fué muerta á diez pasos de mí en el momento que

yo me escondía asustado en la puerta cochera. No había allí, lo puedo jurar, ni barricadas, ni sublevados; solo había cazadores y caza que huía; nada más."

"Esa imagen "cazadores y caza," es lo que primero se ofrece á la memoria de los que presenciaron tan horroroso suceso. También encontramos dicha imagen en las palabras de otro testigo:

"...Veíanse los gendarmes agitados en la esquina de mi calle (y sabía que lo mismo ocurría en el resto del vecindario), llevando sus fusiles y poniéndose en la posición del cazador que espera que la caza se levante, es decir, con el fusil al brazo para cuanto antes apuntar y hacer fuego.

"Además, para prodigar los primeros cuidados á los heridos que caían en la calle de Montmartre cerca de las puertas, se veía de trecho en trecho abrirse una de éstas, asomar un brazo y retirar con precipitación el cadáver ó el moribundo que las balas le disputaban todavía."

"Otro testigo usa también de la misma imagen:

"Los soldados, emboscados en las esquinas de las calles, esperaban á que pasasen los ciudadanos como los cazadores acechan la caza; y á medida que los veían entrar en la calle, disparaban sobre ellos como si tiraran al blanco. Numerosos ciudadanos fueron asesinados de esta manera en la calle del Sentier, en la calle Rougemont y en la del Faubourg-Poissonnière.

"Váyanse, decían los oficiales á los inofensivos ciudadanos que imploraban su protección. Fiándose de estas palabras, se alejaban presurosos y confiados; pero el váyanse era para la tropa la consigna, que significaba: *mueran*; en efecto, apenas habían dado algunos pasos, cuando caían al suelo heridos ó muertos."

"En el momento que el fuego comenzó en los boulevares, dice otro testigo, un librero, vecino de la fábrica de las alfombras, se apresuró á cerrar su puerta cuando algunos que huían y que quisieron entrar parecieron sospechosos á la tropa ó á la gendarmería móvil de haber hecho fuego contra ellos. La tropa penetró en la casa del librero. Este quiso hacer algunas observaciones, pero fué arrastrado hasta la puerta, y sin que su mujer y su hija tuvieran más tiempo que el de interponerse entre él y los soldados, cayó muerto. La mujer quedó atravesada

de un muslo y la hija se salvó gracias á la ballena de su corsé. La mujer, según me dijeron, perdió la razón poco tiempo despues."

"Dice otro testigo:

"...Los soldados penetraron en las dos librerías que hay entre la casa del Profeta y la de M. Sallandrouze. Los asesinatos cometidos son verídicos. Los dos libreros fueron degollados en la acera y los otros prisioneros lo fueron en los almacenes."

"Terminemos con estos tres extractos, que no es posible transcribir sin extremecerse.

"En el primer cuarto de hora de tan horroroso espectáculo, dice un testigo, el fuego, en el momento que era menos vivo, hizo creer á algunos ciudadanos, que solo estaban heridos, que podían levantarse y escapar. De los tendidos que hubo delante de la casa del Profeta se levantaron dos. El uno echó á correr por la calle del Sentier, de la que tan solo le separaban algunos metros, y consiguió escapar, aunque las balas se le llevaron el sombrero. El segundo no pudo hacer más que arrodillarse, y juntando las manos, suplicó á los soldados que le perdonaran; diciendo esto lo mató una descarga de fusilería. A la mañana siguiente pudo observarse al lado de la galería del Profeta un espacio de pocos pies de longitud, en el que se clavaron más de un centenar de balas. Desde la entrada de la calle de Montmartre hasta la fuente, cuyo espacio es de unos sesenta pasos, había sesenta cadáveres entre hombres, mujeres, señoras, niños y niñas. Todos estos desgraciados fueron víctimas de los primeros disparos que hizo la tropa y la gendarmería, que estaban situados enfrente, al otro lado de los boulevares.

"Todos huían á las primeras detonaciones, daban todavía algunos pasos, pero al fin caían para no levantarse ya. Un jóven se refugió en el umbral de una puerta cochera, y escondiéndose tras un trozo de pared saliente del lado de los boulevares, donde él creía estar fuera de todo peligro, *servió de blanco* á los soldados.

"Despues de diez minutos de tiros mal dirigidos, y á pesar de todos sus esfuerzos por achicarse y encogerse, le pasó una bala de parte á parte, que le hizo caer al suelo sin vida."

"Otro dice:

"...Los cristales y las ventanas de la casa del Pont-de-Fer fueron hechos pedazos. Un hombre que se encontraba en el patio volvióse loco de terror. Los sub-

terráneos estaban llenos de mujeres que se habían refugiado allí inútilmente, pues los soldados hacían fuego dentro de las tiendas y por los tragaluces de los subterráneos. Desde Tortoni al Gimnasio se representaba la misma escena, escena que duró más de una hora."

## VI.

"Limitemos aquí estos extractos: cerremos esta apelación lúgubre: son bastantes las pruebas.

"Es patente la realidad de la matanza. Otros cien testimonios que tenemos á la vista repiten hasta en los mismos términos los mismos sucesos.

"Ahora bien; es cierto, está probado, fuera de toda duda y cuestion y patente como la luz del día, que el jueves 4 de Diciembre de 1851, el indefenso pueblo de Paris, el pueblo que no se había mezclado en el combate, fué ametrallado sin intimación, asesinado con el mero fin de intimidarle, y que eso querían decir las palabras misteriosas de M. Bonaparte: *Que se ejecuten mis órdenes.*

"Esa ejecución duró hasta el anochecer. Durante una hora hubo en el boulevard como una especie de orgía de mosquetería y de artillería. Los cañonazos y los disparos de peloton se cruzaban al azar; hubo momentos que los soldados se mataban entre sí. La batería del 6.º regimiento de artillería, que formaba parte de la brigada de Canrobert, fué desmontada: los caballos, encabritándose en medio de la granizada de balas, rompieron los avantrenes, las ruedas y las lanzas de tiro, no quedando en menos de una hora, de toda la batería, más que una sola pieza que pudiese funcionar.

"Un escuadrón entero del 1.º de lanceras fué obligado á refugiarse bajo un cobertizo de la calle Saint-Fiacre. Al día siguiente se contaron en las banderolas de las lanzas hasta sesenta agujeros hechos por las balas.

"La fúria se había poseído de los soldados. En la esquina de la calle Rougemont, y en medio de la humareda, un general agitaba los brazos como para detenerles. Un cirujano mayor del 27.º regimiento le faltó poco para ser muerto por los soldados que intentaba calmar. Un sargento dijo á un oficial que le detenía el brazo: "Mi teniente, sois un traidor." Los soldados no tenían conciencia de sí mismos, y estaban como locos del crimen que se les hacía cometer. Llegó un momento en que la abominación misma de lo que hacemos nos hace re-

doblar los golpes. La sangre es una especie de vino horrible; la matanza embriaga.

"Parecía que una mano ciega de furor lanzaba la muerte desde el fondo de una nube; los soldados no eran más que proyectiles.

"Dos piezas de artillería estaban asentadas en la calzada del boulevard contra una sola fachada de una casa, del almacén Sallandrouze, y tiraban sobre dicha fachada con verdadera saña, con certera puntería y á pocos pasos de distancia, casi á boca de jarro. Dicha casa, antiguo palacio edificado con piedra de sillería y notable por su galería casi monumental, hendida por los cañonazos como por cuñas de hierro, se abría, se agrietaba, se esquebrajaba de arriba á bajo, y redoblando su furor los soldados, á cada descarga se oía un nuevo crugido. Durante esta operación llegó á galope tendido un oficial de artillería gritando: *Deteneos! deteneos!*

"La casa se inclinaba ya hácia delante; un cañonazo más, y hubiera rodado sobre los cañones y los artilleros.

"Estos estaban embriagados con su idea de destrucción, hasta tal punto, que no dándose cuenta de lo que hacían, murieron muchos aplastados por el retroceso del cañón.

"Las balas caían á la vez de la puerta de San Dionisio, del boulevard Poissonnière y del boulevard Montmartre; los artilleros, que las oían silbar en todas direcciones, se acostaban sobre los caballos; los de los carros se ocultaban bajo los arcones y detrás de los furgones; vieron soldados que, tirando su kepis, huían despavoridos por la calle de Nuestra Señora del Recobro; los de caballería, ofuscada la cabeza, tiraban las carabinas al aire; otros echaban pié á tierra y se ocultaban detrás de los caballos; tres ó cuatro de éstos, desenfundados, corrían en todas direcciones azorados por el terror.

"Durante la matanza, terribles apuestas tenían lugar entre los soldados. Los tiradores de Vincennes se habían parapetado en una de las barricadas del boulevard que habían tomado á la bayoneta, y desde allí se ejercitaban tirando sobre los que pasaban por delante aun á larga distancia.

"De las casas vecinas se oían diálogos tan repugnantes como el que sigue:

"—Apuesto á que tumbó á éste.

"—Yo apuesto á que no.

"—Yo á que sí.